

PENÍNSULA ODISEAS

# Xavier Aldekoa

## Indestructibles



# Indestructibles

Xavier Aldekoa

*ediciones península*

© Xavier Aldekoa, 2019

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47).  
Todos los derechos reservados.

Primera edición: marzo de 2019

Mapa al cuidado de GradualMap

© de esta edición: Edicions 62, S.A., 2019  
Edicions Península,  
Diagonal 662-664  
08034 Barcelona  
[edicionespeninsula@planeta.es](mailto:edicionespeninsula@planeta.es)  
[www.edicionespeninsula.com](http://www.edicionespeninsula.com)

PAPYRO - fotocomposición  
DEPÓSITO LEGAL: B. 2.474-2019  
ISBN: 978-84-9942-972-8

## ÍNDICE

Introducción: Demasiado lejos – Madagascar	13
1. El muñeco – Senegal	19
2. Los ojos de Malick – Mali	25
3. El poema – Sierra Leona	31
4. El último guerrero en pie – Senegal	55
5. Vidas suspendidas – Senegal, Gambia y Níger	63
El chico del móvil roto	63
Los jóvenes se van	67
Traficantes de arena	68
Coyotes del desierto	73
La caída	77
Europa o nada	82
Dientes	89
Esclavos en el Sáhara	91
El mar	94
6. Las brujas – Sudáfrica	97
7. El hombre que no corría – Kenia	103
8. Esposas – Uganda	109
9. Papeles – Costa de Marfil	119
10. El color de las jacarandas – Zimbabue	125
11. Jalima y Areatza – Etiopía	129

12. Los demonios del lago – Chad, Níger, Nigeria y Camerún	141
Los 337	141
Daniel Jacobs	155
La niña del abrigo rojo	157
El zoo	162
13. Niños serpiente – Togo	169
14. La niña de los pies descalzos – Cabo Verde	175
15. <i>Molue</i> – Mozambique	183
16. La cruz de Likasi – República Democrática del Congo	199
17. El árbol donde los pájaros duermen – Namibia	205
 Agradecimientos	 213

## EL MUÑECO

## Senegal

Lena tuvo antes un muñeco que un nombre. A una bebé nómada del desierto, miles de kilómetros más al sur, le ocurrió exactamente igual. Dio tiempo a que fuera el mismo.

Habían pasado varias horas desde el nacimiento de mi primera hija y la enfermera sostenía impaciente un rotulador negro en una habitación de hospital a las afueras de Barcelona.

—¿Todavía no?

Me encogí de hombros, le dije que aún no habíamos decidido el nombre pero que, si había que escribir algo en la etiqueta del cabezal de la cuna, podíamos poner los apellidos, que ahí había menos dudas. No le hizo gracia. Estábamos a finales de mayo, el día era soleado y Lena —el nombre lo escogimos al día siguiente— dormía acurrucada entre las sábanas junto a Júlia, exhausta después de un parto largo. Antes de irse, la enfermera dejó a los pies de la niña un regalo del centro sanitario: un muñeco con la cabeza redonda, una sonrisa semicircular y un triángulo negro por nariz. El juguete llevaba también unos zapatos verdes y una camiseta azul de manga corta con letras blancas donde se leía *I love Hospital Sant Joan de Déu*.

Semanas después, una bebé de tez tostada protestó cuando su madre, Penda Sou, la despertó acercándole aquel mismo muñeco

a la mejilla. La niña abrió los ojos, observó al intruso de trapo con indiferencia y se durmió de nuevo. Normal. Pese al calor de mediodía, aquella choza cónica y de paredes de estera conservaba una temperatura fresca y era el sitio ideal para la siesta de una bebé de diecinueve días de vida en la aridez de la frontera de Mauritania y Senegal. Los nómadas del desierto han usado durante milenios esos refugios móviles, fáciles de transportar, desmontar y cargar en burros o camellos cuando llega el momento de partir. Fuera de aquel refugio, los rayos de sol se clavaban en los techos de otros cinco iglús de paja similares y martirizaban la curiosidad del resto de la familia, quince personas entre hermanos, abuelos y primos, que se habían apostado en la puerta para ver el destino final de aquel peluche. Todos eran de la etnia fulani —o fulbe o peul, según la región—, el pueblo nómada más grande del mundo, y en sus pieles negras se adivinaba una vida castigada por la aspereza del Sahel. Los había conocido tres días antes a las afueras de la aldea senegalesa de Mbar Toubab, donde se habían instalado para recoger forraje con el que alimentar a sus animales y escapar del avance del desierto, que en los últimos años había secado pozos, alejado bosques y vaciado estómagos. Pese a sus dificultades, habían recibido mi llegada con curiosidad y atenciones de buen cicerón.

El Hadji Goudiaby, un colega senegalés que me acompañaba aquellos días para ayudarme como traductor, había vaticinado aquellas sonrisas amables. Días antes, al plantearle mis dudas por cómo aquellas personas iban a recibir mi visita sin previo aviso, había respondido con una risotada.

—No te preocupes por eso, esta gente no tiene puertas en sus casas.

Aquellos hogares abiertos al forastero eran una declaración de intenciones. La hospitalidad, aprendí después, forma parte intrínseca del hombre y la mujer fulani. Está escrito en su sangre. El padre de Penda, un hombre espigado, con la barba rasa y ca-

nosa, me explicó por qué. Se llamaba Amadou, vestía una túnica lila, tenía una cicatriz antigua en la frente y se tomaba el tiempo necesario para charlar. Después de mandar a un nieto adolescente a que metiera en un corral a tres cabritos blancos, me condujo a una sombra y me contó. Cualquiera fulani, dijo, habite en las dunas de Mali, en las planicies del norte de Camerún o en las estepas de Sudán, rige su vida por las normas *pulaaku*, un código de conducta transmitido de generación en generación y que durante siglos ha conservado la identidad de este pueblo nómada más allá de las fronteras físicas y del paso del tiempo. Aunque actualmente hay fulani sedentarios y que han cambiado la vida peregrina junto al rebaño por la ciudad, estas leyes no escritas se conservan imperturbables. Luego cada hombre encierra sus propios demonios, pero el *bakiile*, un concepto fulani que aúna sabiduría, sentido común y hospitalidad, es uno de los cuatro cimientos indispensables de la base de comportamiento *pulaaku*. Otros tres pilares más —podrían resumirse en paciencia y disciplina, modestia y respeto y finalmente esfuerzo y valor— completan una escala de valores sagrada, que ancianos como Amadou transmiten a sus nietos desde tiempos inmemoriales.

Aquella hospitalidad sincera facilitó las cosas. Al principio, cualquier gesto o conversación era velada por miradas curiosas, pero pronto mis visitas se tiñeron de normalidad y, mientras charlaba con unos, los demás arreglaban el cercado, ordeñaban las vacas o cortaban leña para la cena ajenos a mi presencia. A Penda le encantaba que le enseñara vídeos de Lena y se maravillaba con la piel rosada de la niña. Llevaba a su hija en brazos y envuelta en una tela verde y naranja y sonrió cuando le pregunté el nombre de su bebé. Todavía no tenía uno. Penda era la explosión de colores tradicional de las mujeres fulani: pañuelo azul zafiro en la cabeza, túnica holgada de colores alegres, conchas trenzadas en el pelo, tatuajes en las sienes y tinta índigo alrededor de los labios. No era el único arco iris con pies. Mientras los hombres jóvenes



llevaban túnicas oscuras o camisetas y pantalones de colores claros, al estilo occidental, las mujeres eran un estallido cromático. Sus rasgos negros contrastaban con camisetas naranjas, verdes y azules, faldas de estampados multicolor, trenzas adornadas con pedazos de ámbar o pañuelos teñidos para recoger sus largas cabelleras. En las muñecas tintineaban pulseras plateadas y de sus orejas colgaban pendientes de latón dorados.

Aquella familia fulani me tenía fascinado. Yo había llegado a aquel rincón del norte senegalés porque quería saber cómo la desertificación y el cambio climático estaban marcando las costillas de los habitantes de la región, pero la rutina de aquellos días me daba respiro para visitarlos a menudo. Mi estancia en una garita militar cercana, el único sitio donde podía pernoctar porque no había hoteles cerca, tenía como único aliciente vespertino ver dormir a tres militares jóvenes destinados muy lejos de casa y hastiados del calor y de las moscas. Por eso después de trabajar, a mediodía o antes del atardecer, me escapaba a visitar a Penda y su bebé.

También porque quería cumplir mi parte del trato con Lena. Estaba decidido a que aquel muñeco del hospital no fuera un regalo sino un puente. Después de casi veinte años de idas y venidas por África, sus gentes y territorios forman parte de mi vida, así que quería acercar el continente a mi hija. Y empezaría por sus juguetes. Resolví que, en cada viaje, llevaría conmigo uno de sus muñecos, que entregaría a un niño con el que hubiera convivido unos días, y le explicaría quién era ella. A su vez, enviaría fotos del juguete mientras viajaba y le explicaría a Lena con quién iba a quedarse el muñeco y cómo era la vida allí. Después de aquel primer juguete para la hija de Penda siguieron otros. Cuando creció, Lena empezó a escoger ella misma el muñeco antes de mi marcha y yo la dormía con cuentos inventados sobre el país por el que iba a viajar su juguete. El juego servía para alegrar las nostalgias, pero sobre todo para estrechar lazos entre Lena y los habitantes del continente africano. Y funcionó. Con el tiempo

aquellos peluches se han convertido en preguntas. ¿Quiénes son? ¿Cómo viven? ¿Les gustará esta muñeca? ¿Te doy dos? Esa ilusión infantil por el juguete compartido con niños desconocidos a miles de kilómetros se ha fortalecido. Ahora Lena quiere meter en mi mochila juguetes cada vez más grandes, más bonitos, más nuevos; incluso sus favoritos.

El día en que fui a despedirme, Penda me apartó a un lado tranquilo e insistió en que le enseñara un vídeo a su madre. Me sorprendió ver a la anciana porque no la había visto en los días anteriores. Era una mujer mayor, tenía la cara surcada de arrugas, una ligera cojera y vestía una tela de cuadrados blancos y amarillos. En cuanto llegó, se asomó decidida a la pantalla. Yo empecé a enseñarle un vídeo cualquiera, pero Penda me cortó. Quería que le mostrara uno en concreto. Al final, por señas, logré entender: quería uno donde salía Júlía dándole el pecho a Lena. En cuanto di al *play*, las dos mujeres se desataron. Se quitaban el teléfono de las manos, hacían gestos de lo grande que era el bebé y la anciana me abrazó, con una sonrisa cómplice. Penda señalaba divertida a su niña y a su pecho y hacía el gesto de que ella también. Era un vídeo sencillo, sin nada especial, pero aquellas mujeres se reconocían en aquel gesto universal. Aquella risa condensaba la fuerza de las historias cotidianas para entender al otro y para conectar realidades. Para comprender la necesidad no solo de tender puentes, sino de atreverse a cruzarlos.

Antes de despedirnos, Penda me anunció que habían decidido el nombre de la pequeña. Se llamaría Tana, como una de sus tías.

—Lena y Tana. Tana y Lena —dijo.

Mientras anunciaban su nombre, Tana permanecía dormida a pocos metros, encima de una esterilla, envuelta entre telas y a la sombra de un árbol. A su lado, el muñeco de camiseta azul y zapatos verdes estaba medio tapado, mirando hacia abajo.

Tana había tenido antes un muñeco que un nombre. A una bebé de Barcelona, miles de kilómetros más al norte, le ocurrió exactamente igual. Dio tiempo a que fuera el mismo.